

Dios en la poesía española contemporánea

ANTONIO PRAENA SEGURA, OP

Resumen

El artículo nace de la lectura y escucha de un poeta que se dedica a la enseñanza de la teología. Parte de versos concretos de autores de hoy, y quiere ser trabajo de campo de cara a un diálogo en torno al inabarcable y vivo misterio que llamamos «Dios». Un misterio que es presencia, si no abundante, sí constante en los poetas más jóvenes. El tramo de la poesía española contemporánea que aborda el estudio es el de autores españoles cuya trayectoria literaria se ha ido consolidando a partir del año 2000, la mayoría de ellos nacidos en las décadas de los setenta, ochenta y noventa.

Palabras clave

Lírica, Dios, fe, misterio.

Abstracts

The article arises from the reading and listening of a poet who is dedicated to teaching theology. It is based on specific verses of today's authors, and aims to be a fieldwork for a dialogue around the unfathomable and living mystery we call «God». A mystery that is a presence, if not plentiful, yet constant in the youngest poets. The section of contemporary Spanish poetry it addresses is that of authors whose literary career has consolidated since 2000, most of them born in the seventies, eighties and nineties.

Keywords

Lyrics, God, faith, mystery.

Lo más asombroso al compartir esta conferencia es el hecho mismo de poder compartir esta conferencia. Es decir, la presencia de Dios en la poesía española más joven es algo de lo que podríamos dudar. Sin embargo, desde mi misma perspectiva como poeta que se comunica a diario con otros poetas y que comparte actividades continuamente con ellos, he de adelantar que Dios –eso sí, bajo ópticas muy variadas– está presente en la poesía española contemporánea.

Este trabajo no es fruto de ensayos o artículos ya publicados, sino que nace de la lectura y la escucha de un poeta que a la vez se dedica a la enseñanza de la teología. Esta conferencia parte de los versos concretos, como si fuera un trabajo de campo de cara a una investigación que en modo alguno puede arrojar aquí más que un muestreo. Además de los versos leídos y del conocimiento de algunas de las trayectorias de los poetas que desfilarán por aquí, he realizado un sondeo en las redes sociales y he recabado a través de ese método datos y nombres para hacer de este recorrido una panorámica lo más plural posible. Sirva también por ello de diálogo con quienes mi propia tarea poética me lleva a convivir, debatir y recitar versos.

El inabarcable y vivo misterio que llamamos «Dios» es una presencia, si no abundante, sí constante en los poetas más jóvenes. En los siguientes apartados se ha dejado a un lado la poesía de corte más oriental, panteísta o divinizadora de la naturaleza contemplada con ojos espirituales, la cual es no solo abundante, sino casi una moda literaria. Aquí vamos a situar el foco lo más nítidamente posible en la poesía más cercana a la realidad personificada de Dios, incluso a la presencia del Dios judeocristiano en la poesía contemporánea.

Para no redundar en autores ya estudiados y poder, por tanto, aportar algo realmente nuevo, lo primero que se impone para seguir una metodología que nos evite perdernos en vaguedades, es acotar el espacio cronológico que abordará este estudio. El tramo de la poesía española contemporánea sobre el que vamos a centrarnos es el de autores españoles cuya trayectoria literaria se ha ido consolidando a partir del año 2000, la mayoría de ellos nacidos en las décadas de los setenta, ochenta y noventa. Sería inabarcable abordar la poesía americana: tenemos en cuenta que el español es hablado por unos 543 millones de personas en el mundo. Por otro lado, para reflejar realmente la actualidad hay que ceñirse a las publicaciones: nos hemos sumergido directamente en los libros de los poetas. Nuestra intención es contribuir, con un trabajo a pie de obra, a una sucesiva y enriquecedora tarea que siga sumando nombres e ideas a los aquí propuestos.

1. ¿Hay una *generación poética 2000*?

Se hace muy difícil hablar de rasgos comunes para una *generación* de autores cuya obra se consolida entre los años 2000 y 2010. Las diferentes recopilaciones –ni siquiera se autodenominan antologías, pues se presentan más bien a modo de «panorámicas» sobre la primera década del milenio– nos insinúan que no existen demasiados rasgos generacionales comunes entre estos autores. Solo podríamos apuntar algunos nexos entre sus vidas y estilos. En primer lugar, han nacido en las décadas de los 70 y 80 y han crecido prácticamente en la democracia. En segundo lugar, publican de manera deslocalizada, es decir: no se puede señalar un ámbito local, ni universitario, ni editorial, que ejerza de epicentro o fuente de una tendencia definida o escuela a la manera en que, por ejemplo, Granada y Valencia fueron centros catalizadores de la que en los 80 y 90 se denominó la *nueva sentimentalidad*. En tercer lugar, si alguno de los autores que vamos a tratar recoge la influencia de esa poesía precedente llamada de la experiencia, gran parte de ellos reaccionan contra su estilo más realista, intentando algunos incluso marcar la diferencia con dicha poética que ha dejado nombres y obras capitales pero que, en su larga producción, apuntaba finalmente a cierto epigonismo menos memorable. En cuarto lugar, esta *generación 2000* refleja la lectura de traducciones de obras provenientes de otras tradiciones ajenas a la hispanoamericana y mediterránea. Es decir: el influjo de estéticas orientales (China, Japón), nórdicas, árabes. Los autores de la posible generación 2000 escriben desde una incipiente globalización editorial y cultural a la que está llegando la primera ola de la era digital, la cual sí será completamente decisiva en la década que vendrá a continuación, la de 2010-2020.

Estas características afectan a la presencia de lo religioso y a la imagen de Dios que vamos a encontrar en sus obras. El hecho de haber nacido y crecido en un contexto progresivamente democrático en el que, en España, se han ido asentando bastantes libertades sociales, configura su horizonte de creación. La presencia de Dios es libérrima y plural. Unido a esto, estos poetas han ido configurando su voz más allá de los sistemas ideológicos de los pródromos de la modernidad y de la era fría. Desde el colegio, leen y les son connaturales poemas de signo diverso: poemas de Lorca y Szymborska, Miguel Hernández y Ana Ajmatova, Safo y Juan Ramón Jiménez, T. S. Eliot y Luis García Montero. La convivencia de influencias tan diferentes no es problema para estos autores. Antes bien, es fuente de estilos personales muy reseñables. La inclinación religiosa o atea se trasmuta y prolonga en ellos en una línea más ética que ideológica. Las preocupaciones sociales se abren cauce más a través de su impacto en la conciencia personal humana que en la política. Por todo ello, aunque no haya demasiados rasgos literarios comunes para esta generación 2000, las condiciones descritas constituyen un marco de coordenadas más que significativas.

2. ¿Existe una generación poética 2010?

¿Se puede delimitar una generación para autores que comienzan a publicar a partir de 2010? Si hemos de presentar a los más jóvenes de los poetas, aquellos cuya obra se consolida a partir de 2010, la característica más compartida acerca de ellos es la de una menor madurez literaria y vital. Como ocurre en otros ámbitos laborales y académicos, los poetas que muestran una voz más o menos madura a partir de 2010 han alcanzado o superado los 30 años de edad. Varios serían los rasgos de esta generación 2010. Primero, la heterogeneidad de influencias, destacando entre ellas la de la espiritualidad oriental, algo que se dejará notar en su tratamiento de lo religioso. Segundo, un lenguaje y una temática directamente influidos por las nuevas formas de comunicación de las redes sociales y su impacto en las relaciones humanas y sociopolíticas. Tercero, el protagonismo de la problemática asociada al lugar de la mujer. Cuarto, escriben desde una naturalización de los cambios de paradigma en cuestiones de género e identidad sexual, los cuales no les plantean problemáticas teóricas como punto de partida. Toda esta nueva realidad, unida a la crisis laboral y económica de 2008, marca la obra de estos poetas y, en lo referente a Dios, será palpable. Junto a ello, notamos en sus versos bastante independencia de prejuicios ideológicos. Cuando hay presencia de lo religioso, sus lenguajes son más directos. Bastantes obras aparecidas después de 2010 muestran un carácter confesante. En otros casos, confiesan nuevos valores morales que a veces se expresan como una especie de religiosidad laica; fenómeno, al menos, digno de atención como síntoma y prospección de cara a los próximos años.

Dejamos fuera de nuestro recorrido la mayoría de poesía que nace con y para las redes sociales como oferta de consumo rápido y sin calidad ni permanencia. Es decir: el denominado fenómeno de poesía Instagram o Twitter, pues la inmensa mayoría de la crítica lo considera más un fenómeno social mediático que una expresión con voluntad de calidad literaria como tal. Hemos de posicionarnos del lado de la crítica más seria, para la cual esta poesía que primero se publica en redes y, cuando alcanza miles de seguidores, aparece en edición impresa, se trata de un fenómeno virtual y mediático. Merece todo el respeto y tiene aspectos positivos, pero no constituye un *corpus* estable ni sólido sobre el que poder trazar un seguimiento temático ni estilístico.

3. Una poética teologal en las raíces de lo humano

Hay una serie de poetas en quienes la presencia de Dios vibra intensamente incluso cuando abordan los temas más paganos. Están empapados de gracia y hablan de Dios a todos los públicos porque su lenguaje bebe en las fuentes de

una humanidad radicalmente humana, la de Cristo, lo mencionen o no, cuyo mensaje conocen. De hecho, literariamente, su talento consiste en estar edificando un *corpus* literario e intelectual que no necesita jugar en terreno religioso, porque su intensidad se sostiene sobre una exigencia personal y estilística que ha vivido el hecho de la fe.

En arte podemos preferir una temática sobre otras, pero lo que hace valer algo como arte es su grado de exigencia estilística. Las buenas intenciones, también en el caso religioso, pueden producir no más que literatura para uso interno. El reto de la poesía contemporánea sobre Dios es no conformarse con editoriales para público ya convencido, sino entrar en la dinámica literaria haciéndose respetar por sus cualidades. El poeta cristiano no debe ser aquel que, a priori, publica para personas ya cristianas. Quizá ahí se entiende la intuición de San Pablo VI cuando lamentaba que la cultura cristiana había dejado de estar presente en la cultura universal, replegada sobre sí misma y expresándose y desarrollándose para medios ya creyentes. Lo cual crea un estilo. O, dicho a la inversa, se estanca en unos estilos dados. Por ello, los poetas que hemos incluido en este apartado destacan por su calidad, su presencia en festivales, premios, editoriales clubes de lectura de índole a priori ajenos –cuando no ideológicamente opuestos– a la fe cristiana.

Los he denominado teologales porque lo teologal, tener las raíces ancladas en el misterio de Dios y tender plenamente a él por caminos no transitados, es en sus poemas anterior al mero afán moralizador o adoctrinante. Fe, esperanza y amor son la urdimbre sobre la que tejen su obra estos autores. Por otro lado, los valores evangélicos actúan también sobre su poesía a manera de forma, es decir: generan un estilo. No hay en ellos¹ un credo que delimite su escritura como temática, ni tampoco intención de hacer poesía sacra o religiosa, ni de moralizarnos con doctrinas concretas. Encontramos sinceras preguntas y una mirada a la condición humana sin tapujos. No son mujeres u hombres de sacristía, a veces ni de iglesia. Pero son, sin más, poetas que han escrito, sabiéndolo o no, hondos poemas en el horizonte de un Dios que se ha encarnado. Siguiendo la metáfora de Baudelaire, estos poetas son como albatros, aves acostumbradas a vivir en mares abiertos y océanos infinitos. Al volar, sin buscar este efecto, están dando fe del aire que los sostiene, alza y empuja adelante. Nosotros, al respirar el aire que sus alas mueven, estamos respirando al Dios cuyo misterio no puede ser constreñido por etiquetas.

¹ CABANILLAS, J., GUILLÉN ACOSTA C., *Dios en la poesía actual (Antología)*. Rialp. Madrid, 2018.

Mario Míguez

Comenzamos por Mario Míguez. Aunque nacido en la década de los 60, no podemos dejarlo fuera de nuestro espectro por su influjo y relevancia sobre los poetas contemporáneos que tratamos. Señalemos un dato biográfico que se trasmuta en poema y puja desde el fondo de su obra. Míguez falleció en 2017. El dato que reseñar es que en los últimos años de su existencia Mario desapareció de la escena pública literaria no para refugiarse en el silencio, sino para entregarse al cuidado de enfermos en estado terminal, sufriendo él mismo una enfermedad grave que nos lo arrebató prematuramente. Esta entrega anónima parece ser la prolongación de su escritura; el salto de la página al mundo, la conversión él mismo en la tinta con que Dios va escribiendo (creando y salvando) un libro nuevo.

Autor de libros de largo influjo en la generación que abarcamos, tales como *El cazador*, en *Ya casi es noche* el poema «Forja» pone su existencia finalmente enferma –los dolores, el rechazo, la soledad– bajo la confianza en un Dios Artífice que, en su persona y con estos golpes, está fraguando un hombre mejor:

FORJA

Son golpes silenciosos: nada se oye.
Uno es la incomprensión, otro el desprecio,
otro la humillación, otro el maltrato,
repetidos con ritmos desiguales.
Mi sufrimiento se ha hecho incandescente.
Cómo siento el martillo, y cómo vibra
este yunque, la dura soledad,
y duelen las tenazas del Herrero.
E ignoro cuál habrá de ser mi forma...

El hombre a la caza de sentido –de sí mismo, de la verdad, de las preguntas dolorosas–, el poeta siempre en búsqueda, acaba siendo él mismo el encontrado. De ese modo se entrega a la liberadora experiencia de la desnudez y la pobreza evangélicas sin que, para saber que se está identificando con Cristo, Mario Míguez necesite explicitarlo. Por ello resuena en cualquier corazón: nada, ni el desierto, ni los bosques ni los laberintos interiores por los que vamos a la caza de qué sabemos qué, nos pertenece. Somos más bien nosotros los encontrados por ese exceso de misterio y belleza, se especifique tal cual o no, que es Dios mismo para el poeta. Y así leemos:

(...)

No era yo el cazador.
Fue un error cada intento.
Perdí todas mis flechas y mis fuerzas.
Jamás me fue posible
saber tus escondrijos o guaridas.
Y cómo me engañaba así buscándote.

Eras tú el cazador,
paciente, cauto,
oculto desde siempre,

y yo la presa esquivada que acechabas.
Eras tú el cazador:
porque fuiste el arquero transformado en saeta
que llevaste el veneno de la vida
de un disparo infalible a mi costado;
porque fuiste el montero transformado en lebrele
que clavaste los dientes en mi carne, sanándola;
porque fuiste el cetrero transformado en halcón
que me hincaste las garras en los ojos
para darme los tuyos,
y que en mi corazón hundiste el pico
haciendo que sangrara,
vaciándome de sangre para darme la tuya.

Eras tú el cazador:
el Señor de los bosques.
Tú que siempre eres pobre y desnudo y hambriento
me estabas vigilando a mí, tu presa,
con ojos invisibles
desde toda mi vida
y morías herido de amor entre el ramaje.

José Mateos

También nacido al final de los años sesenta, José Mateos se ha convertido en otro de los autores imprescindibles para comprender el cómo de Dios en los

poetas contemporáneos. Amor y muerte, duda y fe, drama y gloria son los polos sobre los que se asienta el eje de su obra.

Sin saber que es amor siente el amor
más plenamente quien lo sueña a solas.
Sin saber que es metal se hunde la espada.
Huele la rosa sin saber que es rosa
y que es olor y espinas. Sin embargo,
nadie puede ignorarse. Sin embargo,
al amar, nadie puede aislar lo que ama.

Mateos consigue ocupar un lugar no equiparable a otros autores para los que ha hecho escuela. El poeta jerezano se sitúa entre la ebriedad mística sin más, la reflexión y el coloquio. No es difícil dejar que el Inefable hable por sí mismo en el texto; mantener, ante lo que desborda la razón, la humana razón abierta e intacto el asombro primigenio del que brota la poesía. No es fácil albergar, en el mismo poema, la angustia y la redención. Anticiparlas y clavarlas en los oídos del lector. La poesía de Mateos lo hace y se arroja a vértigos difíciles de atemperar con espiritualidades vagas o panteístas de la moda new-age que tan prolíficamente están presentes en otros autores de su generación.

La poesía de José Mateos, precisamente porque no oculta sus dudas de fe, el dolor que el calvario de su enfermedad le ocasiona, la queja ante la muerte de sus seres queridos, viene a poner el dedo en la llaga de un cristianismo realista. Amor, cruz y resurrección se requieren y potencian mutuamente. Y llegan a todo oyente, creyente o no, porque le tocan directamente en el centro de su verdad: la imposibilidad de acallar la pregunta por un Dios cuya soberanía amorosa, cuyo excedente de belleza solo pueden ser respondidos desde el asombro, el estupor, la aceptación plena del propio dolor, y la propia esperanza como camino de humanización.

Mateos certifica la muerte del Dios de la razón, de la filosofía y hasta de la teología para dejarse llevar sin condiciones hacia un horizonte más allá de la razón, de la muerte, de los porqués y de los sin porqués. Dulzura y hendidura, fe que desborda las razones, fe que salva como anticipo sustentante y siempre en tensión con la libertad sin la cual no hay tampoco fe.

José Mateos es un poeta a la contra. Sus libros en prosa (*Soliloquios y divinanzas*, *La razón y otras dudas*) nos lo muestran igualmente como un pensador en lucha contra la falta de espiritualidad de la sociedad contemporánea. Pero el lector no creyente reconoce que no es necesario compartir sus ideas para asentir

a la verdad de sus poemas, y eso le implica para recorrer el mismo camino del autor:

La claridad se hace niebla
de tan clara y tan difícil.
Y todo se desvanece.
Y no sé cómo es posible,
un signo sin referencia,
un origen sin origen,
un Dios que sustenta y es,
y, sin embargo, no existe².

En Mateos el místico hace al poeta y el poeta lleva al místico. Con la particularidad –que lo diferencia de otros autores– de que su ebriedad es nítidamente comunicable porque no busca alejarse del realismo para sublimarlo. Tampoco juega a rarezas lingüísticas experimentales, sino que sigue un realismo comprensible a la vez que misterioso para cualquier nivel cultural. Se da en él el mismo mecanismo de la encarnación que revela para volver a ocultar; una comprensión que abre al lector a una incomprensión que, sin embargo, le es constitutiva como ser abierto a la trascendencia y que atrapa al oyente agarrándole desde su interior. También nos lleva a la gracia desde la desgracia. Su sublimidad no nos introduce en una poética de lo suprasensible, iniciático o metafísico que prescinda de lo encarnado. El asombro de ser aparece en sus versos sin más metafísica, por ejemplo, que el canto de un pájaro:

CANCIÓN PARA TERMINAR

Con tan poco como tienes
–acordes, palabras, signos...–
temblando a solas, ¿pretendes
que te hable el Dios prometido?

Mira el jilguero. No es nada:
miedo y plumas. Sin embargo,
escondido entre las ramas,
puede hacer que cante un árbol.

de *Canciones*, 2000

² GARCÍA MARTÍN, J. L. «El comercio». 14 septiembre 2019.

La soledad, la ausencia y la búsqueda de Dios se convierten en sus poemas en un acicate que nos revela nuestra constitución vital hecha por y para la plenitud. Añadamos que la sinceridad descarnada tiene en Mateos un resultado de catarsis. Solo que es el suyo un drama donde héroe, víctima y coro acuden al monólogo de reminiscencias machadianas. Otro ejemplo:

EN MEMORIA

Para Pedro Sevilla

Siempre frente al dolor uno está solo,
no se quiere vivir, y tú lo sabes.
Hace un momento has visto, en la penumbra
de un cuarto de hospital, la mano yerta,
su rostro hundido que cubrió la sábana.
Y era como mirarse en un espejo
y ver que somos menos que esa ausencia,
menos que el humo que despeja el aire.

Ya sé; sientes que ahora únicamente
dice la noche su palabra absurda,
y ves la humillación, ves el esfuerzo
que fue esta despedida.
Sin embargo,
escúchame: no sufras. Porque siempre
–incluso cuando un día pasan nubes,
pasa lo inevitable, incluso entonces–
la respuesta es la vida que huye y sigue,
nunca el dolor ni su pregunta a Nadie.

de Días en claro, 1995

Jesús Cotta y Daniel Cotta

Teologales son también las obras de Jesús Cotta y Daniel Cotta. La apertura a Dios es meridiana en ellos a través de ese estilo que antes aludíamos: una claridad estilística muy cercana a los dichos del Jesús evangélico.

Tenemos que señalar que este difícil estilo de línea clara, prosaico pero de un gran trabajo métrico de fondo, se acerca a la coloquialidad que Miguel d'Ors consolidó ya en los años 80 con inflexiones cercanas a la denominada *poesía de la experiencia* en lo que a la primera persona se refiere. También esta línea clara fue llevada a su máxima expresión por Luis Alberto de Cuenca, a quien nos re-

feriremos más adelante. Otra peculiaridad nítida de los hermanos Cotta es que dan cauce a un sujeto cristiano explícitamente confesante. Valgan unos ejemplos de esa denominada *difícil facilidad*, mediante la cual los versos de impoluto corte endecasílabo fluyen, sin embargo, sin que se note el arte de medir y, a la vez, dan curso a una primera persona del singular sin que el poema peque de *yoísmo*:

(...)
Me pasa como al niño cumpleaños
a quien lo colman tanto de regalos
que ya no sabe qué decir ni hacer.
Ese eres Tú, Señor, agasajándome:
para mí todo te parece poco.
Ya eran excesivas las estrellas,
pero Tú no, Tú a regalar la luna
el sol, el agua, el árbol;
y venga a darme más: el bien, la vida,
mi familia, mis ojos. Y yo abriendo, (...)

Véase también un ejemplo en el que Daniel Cotta logra unir en un único y cohesionado poema imágenes del ámbito cosmológico con la vulgar floresta mediante el recurso de presentarlos en la infinita mirada de Dios que alcanza a lo *nano* y a lo *macro*:

DIOS DE LO PEQUEÑO

Señor de las galaxias más remotas,
las que no tienen nombre,
las que apenas existen;
Tú que gobiernas las Enanas Blancas
y las Supergigantes;
Tú que forjaste el asteroide oscuro
capaz de destruirnos con un roce;
Tú que detonas cada Supernova;
Tú que amontonas Agujeros Negros
en las pupilas ciegas de este Cosmos,
¿por qué esta margarita?

Alumbramiento, Daniel Cotta, Colección Adonáis. RIALP

Por traer alguna aportación diferencial de Jesús Cotta, digamos que suma a esta claridad de corte figurativo un matiz naif que hace sus poemas muy aptos

para oyentes más juveniles, lo cual, sin duda, es un mérito difícil de conseguir en el género poético. Un ejemplo sería este:

VÍA PERSONAL

Porque el azar no explica a Rita Hayworth,
porque mira esa flor en la colina,
porque, si no, a quién daré las gracias,
porque también existes tú, mi vida,
porque no he muerto treinta y tres mil veces,
porque tengo una sed que es infinita,
porque apuntan a Él todos los árboles,
los zigurats, los ríos y las vidas.
Que sí, que existe Dios.
Me lo dijo mi padre en su agonía.

Menos la luna y yo. Jesús Cotta.
Ediciones de la Isla de Siltolá, 2013

Inmaculada Pelegrín

Vamos con alguien nacida en 1969 pero plenamente integrada en la genealogía 2000: Inmaculada Pelegrín. Con todo derecho en su voz los objetos del día a día –calcetines sueltos, pinzas de la ropa–, las cosas insignificantes –bolsas de basura, cucarachas, un globo perdido– sirven para constatar un misterio que nos precede y que permanecerá tras nosotros. ¿La originalidad de esta poeta lorquina? Más que hablar de algo que no solo ella ha tratado, sí la personalidad con que Pelegrín ha esbozado una *vía cotidianis*, que en ella corre en un paralelo analógicamente femenino a la *vía pulchritudinis* de San Agustín. Y ello siempre haciendo resonar el mismo recurso evangélico, especialmente lucano, donde las cosas más pequeñas son a la vez signo y presencia del Reino de Dios, como la semilla, la levadura, la sal, la oveja o la dracma perdida. Recordemos que la parábola es una forma de analogía y que la analogía es, en el lenguaje, presencia que apunta hacia algo inefable, algo que está más allá del lenguaje, pero a lo que no nos podemos asomar sin estas palabras en su humildad de significante. Este poema es un ejemplo nítido:

SIGNOS

*Te he buscado según mis fuerzas
y en la medida en que tú me hiciste poder*
San Agustín

Te encuentras en la exacta simetría
de la hoja del ficus o del loto,
de la estrella de mar y del zafiro.

Asomas en las formas caprichosas
de las estalagmitas,
en la sed de la arena del desierto,
la premura del árbol por crecer,
las olas que golpean en la piedra.

El ala de la mosca te contiene
irisando, como pompas de jabón,
la luz del mediodía.

Estás en los vencejos,
su imposible estructura en desafío
a no posar los pies sobre la tierra
y en cada cuerpo y vida que respira
con su trama de órganos y glándulas.

Te muestras en el cosmos
tan lleno de preguntas infinitas,
que es una sinfonía por sí mismo,
también en la molécula y el átomo;
la precisión y el orden que subyace
a todas las sustancias.

Me he cruzado contigo cada día
porque eres la razón de todo ello.

Lo mejor de Pelegrín es que su obra a ras de moqueta, aspiradores y poyo de la cocina se transforma en un trampolín desde el que el tono menor se arriesga tanto a la súplica como al himno, los cuales, a su vez, en clara intertextualidad con los poemas atribuidos a Francisco de Asís, dan paso a la explícita invocación de alguien llamado «Señor». Véase otro ejemplo:

ORATIO

La vida se trata de elegir el momento.
Jiang Rong

Dame Señor el don
de la oportunidad.

Dame sabiduría
para aventar la paja,
para dejarla ir.

Clarividencia
al separar el ruido de las nueces,
el tiempo del momento,
el perro de las pulgas.

Dame la sensatez
de distinguir palabras: a este lado
esas que no han querido
decir lo que dijeron,
a este otro aquellas
que no han dicho lo que quieren decir.

Tenga mi alma el valor
de volverlo a intentar,
el valor, a su vez,
de dejar de intentarlo,
también la cobardía requerida
por ambos horizontes.

Llegue a diferenciar
el árbol de la sombra,
el agua de la sed,
el nombre del amor.

Encuentre siempre un hombro
y un costado
para poder dormir.

Dame Señor el don
de la oportunidad,
enséñame el instante.

Ni antes ni después,
sepa yo cuándo.

*Publicados en O_Lumen.
Poemas ganadores del Premio Pulchrum de Poesía 2020*

Carmen Palomo Pinel

Y en clave femenina seguimos para mencionar la obra de Carmen Palomo Pinel. Nacida en 1980, la plenitud de su obra eclosiona y sorprende precisamente entre 2018 y 2021. Tres años de reconocimientos que la sitúan de repente entre los nombres de la generación 2010 cuya madurez la destacan del resto. En tan poco tiempo hemos comprobado cómo su espectro va de la temática amorosa elegantemente erótica a obras en las que el lenguaje sagrado va haciéndose cada vez más abiertamente judeocristiano tanto para abordar la naturaleza amorosa como la cultura y el arte de occidente. Leemos:

(...) Dejar en el felpudo el holocausto
(silencioso, brutal y realísimo)
de los hombres que pueden amar solo
de cuatro a seis los fines de semana;
el holocausto
del trabajo que agota y no redime. (...)

Ideas como la redención del dolor asumido están presentes desde una óptica cristiforme, teniendo esta poeta el don, también teologal, de estar hablando continuamente de Dios sin necesidad de mencionarlo y acercándolo así a un público amplio que queda a las puertas de dar un solo paso y descubrir que de lo que está hablando en realidad es del misterio de la cruz. ¿Su don? Que hasta la misma tendencia que diferencia la generación 2000 de la generación 2010, la de abandonar el modelo de base endecasílabo para encontrar otros ritmos, es un elemento que Carmen Palomo lleva a gran perfección. Un ejemplo:

Qué conmoción tenemos que sufrir
para que al fin descienda
como rocío
el enternecimiento,
el hombre abierto al hombre
como granada mansa,
como desnudo fruto
en que el candor ha hundido su escarpelo.
A ver, a ver qué cosa finalmente
podemos hacer con el dolor
(que sea útil,
que sirva,
que sea grande).

En 2019, Carmen Palomo sorprendió con *Las costuras del hambre* (Premio Esdrújula), en 2021 obtiene el Accésit del Premio «Pilar Fernández Labrador» con el libro *Un silencio habitado*, y, en este mismo año y aún inédito, acaba de obtener uno de los grandes premios del actual panorama español, el «José Hierro». Estamos ante una estrella cumpliendo las promesas que ya sus versos despertaron en quienes fuimos sus primeros lectores. Carmen Palomo es poeta de muchos niveles en un único texto. Por ello, la comprensión de lo que está hablando se nos hace más profunda cuando advertimos las citas que preceden a sus poemas más icónicos, pues se trata de citas de Santa Teresa, del profeta Isaías, de von Balthasar, del Símbolo Niceno o del Apocalipsis. El mismo apocalipsis abre este poema de rotunda esperanza escatológica:

(...) ¿Amaste hasta perderte?
Insisto.
¿Amaste hasta perderte?
Dime también si llevarás un nombre
sobre la piel oculto,
indispensable,
ese nombre que no podemos ver,
que fue escrito con luz en nuestra frente
por la pluma de un ángel (...)

Si la razón poética es diferente a la filosófica y a la teológica, Palomo Pinel tiende puentes entre ambas. Por ejemplo, de la *docta ignorancia* de la teología apofática extrae un poema como este:

DOCTA IGNORANCIA

Exacerbar la razón para rendirla,
agotarla para volverla música.
Que así se cumpla, lúcido, el destino del sabio,
su íntima vocación:
morder el polvo
para entender que la verdad es curva
mortal
en carreteras secundarias.

Seguir el rastro de Carmen Pinel devuelve a nuestra esperanza todo su potencial. Porque si una poeta como ella es posible como un milagro en pleno año 2021, es que algo nuevo está naciendo en esa durante mucho tiempo difícil relación entre fe y cultura. Véase el tropo del nacer de nuevo, de corte joánico, teniendo en cuenta que el siguiente poema, a la vez que habla del futuro eterno,

es una reflexión sobre el lenguaje y su posibilidad de alumbrar esa mujer nueva que es la poeta y todas las personas que se reconozcan en su texto. Palomo Pinel es capaz de hacer metapoesía –reflexión sobre la naturaleza de la escritura– y profecía: presencia prognóstica de una era nueva en las mismas palabras que la declaman en el presente:

(...) creía que los hombres decían las palabras
y era justo al revés,
somos la construcción que ellas pronuncian
y escribiendo
buscamos
escribirnos.
Nos van diciendo larga, lentamente
las palabras, los gestos, los silencios a veces;
nos van creando hombres,
y nosotros
–ingenuos aprendices–
intentando acuñar cada mañana
para la eternidad
un nombre nuevo.

Los registros de Pinel son tan sorprendentes que, en el libro *Madre de cenizas*, también premiado en el año 2021, se adentra en la metáfora de la cultura occidental que arde y se reduce a cenizas en el simbólico, a la vez que terriblemente realista, incendio de la Catedral de Notre Dame de París. Pinel se expone a lo impopular al señalar, en terreno editorial profano, cuántas realidades literarias, artísticas o sociopolíticas occidentales no se pueden comprender sin el germen del cristianismo. Esa ausencia y aversión nos exponen a una cultura de la postbelleza y la posverdad que apuntan a un posthumanismo en el que el concepto persona, concepto también alumbrado por el judeocristianismo, es la primera víctima. Un anticipo en estos versos:

(...) Y qué felicidad –y qué misterio–
el poder ofrecer cosas de otros,
sacar de este amasijo
humano de belleza
y creación
un cuadro, un aria, un hijo
y hacerte propietario
de tanta luz que nunca ha sido mía.

Y una nota final: la naturalidad, que es precisamente lo más difícil en poesía. Por ejemplo: von Balthasar y la maternidad, la experimentación visual y el derecho romano, una ovejita coja y el misterio de la cruz conviven con una pasmosa naturalidad en los poemas de Carmen Palomo:

«(...) Y me pregunto
si también en lo alto de la cruz
hay leones y cebras y briznas de
hierba».

Las costuras del hambre. Esdrújula, 2019

Una pequeña conclusión sobre los poetas teologales

Concluamos diciendo que estos autores hablan tanto más de Dios cuanto más cuidado tienen de no entrar a un plano proselitista. Además, en la línea defendida por los papas Benedicto XVI y Francisco, sus versos se enraízan profundamente en la condición racional del ser humano. Y ello es capital, porque sin la razón, sin la sabiduría humana, sin la inteligencia, se haría imposible un verdadero anuncio del Evangelio, toda vez que la racionalidad es lo común al género humano, y es, a la vez, imagen del Dios creador. Obviar este plano supone dar el salto a una poética que, por muy explícitamente cristiana que se presente, en realidad se estaría alejando del dinamismo mismo y sagrado elegido por Dios para darse a conocer, que es la encarnación, la humanización y la comunicabilidad clara e inteligente.

Los poetas tratados en este apartado están, sin saberlo o a conciencia, tejiendo sus versos precisamente en el ámbito donde el diálogo de Dios se abre al hombre y donde las búsquedas del hombre tienden sus brazos a Dios. Además, estos poetas exhiben una calidad formal que da muestras de que la fe no puede eximir de la exigencia formal. De igual modo, estos autores muestran la excelencia artística que una verdadera experiencia de Dios produce en las obras tocadas por la gracia. La gracia no excluye la naturaleza sino que la perfecciona, diría Tomás de Aquino. Y añadimos nosotros: la exigencia artística es tierra buena sobre la que la gracia echa raíces y da frutos, también poéticos.

4. Una espera confesante

De lo teotal damos el salto a lo confesante; de una esfera trascendental, a una expresión categorial explicitada. Nos situamos justamente en el año 2001,

cuando aparece la antología *La búsqueda y la espera*³. Los poetas en ella recogidos se han formado en torno a la revista de humanidades *Númeno* del sevillano Colegio Altaír. Sus versos comienzan a tener voz propia y reconocimiento precisamente en el periodo que nos ocupa. Además, tienen rasgos comunes que nos permiten agruparlos, cosa excepcional, a modo de generación. En lo temático, uno de los contenidos comunes de sus obras es precisamente Dios desde una perspectiva confesante (aunque en algunos ese aspecto se irá diluyendo en los 20 años que abordamos). En lo formal, también nos facilitan una serie de afinidades. La primera de ellas sería la de los maestros que les han forjado. Citamos algunos de ellos y los rasgos que les han transmitido.

José Julio Cabanillas les ha transmitido la habilidad para que en el poema se conciten paralelamente los relatos evangélicos con los relatos existenciales propios de jóvenes de principios del segundo milenio. Julio Martínez Mesanza ha transmitido a alguno de estos poetas un tono épico para narrar, a modo de gestas de la historia de la salvación, las gestas de la cotidianidad en medio de atascos de tráfico, cláxones, obras, oficinas...

Gesta extraordinaria es para Mesanza el misterio de la encarnación, toda vez que, conociendo la pesadilla en que los hombres han convertido el mundo, el Hijo de Dios se haya hecho un hombre más.

El carácter confesante hace de la de estos autores una poética de la esperanza, pero no una esperanza genérica, desustanciada al nivel del mero *homo sentimental* tan propiamente posmoderno, sino una esperanza en términos de la *Carta los Hebreos 11,1*: la que supone garantía y convicción de las cosas que serán porque su fuerza ya ahora está siendo sustentante del presente. Claro, con tal de que se acepte libremente el regalo precedente de la fe.

³ MARTÍN NAVARRO, A. (Edt) *La búsqueda y la espera. Antología de poesía joven*. Kronos, Sevilla 2001. La reseña de José Luis García Martín en *El Cultural* (26 de diciembre 2001) decía: «Nueve poetas (...) todos ellos –salvo uno– son sevillanos, todos están ligados a una revista, *Númeno*, que edita el colegio Altaír, todos ellos han tenido como profesor de literatura a Fidel Villegas, todos comparten lecturas y devociones: el humor, la precisión verbal, el tono entrañable, la renovación de la poesía religiosa que estos poetas manifiestan. Y ese es el mayor motivo de inquietud, e incluso de rechazo, para ciertos lectores. ¿Poesía confesional a estas alturas? Sí, pero sin mogigatería, sin apolillamiento, sin nada que suene al toscos nacional-catolicismo de nuestra infancia. Del más joven de los poetas antologados, Joaquín Moreno Pedrosa (1980), se nos dice que es “miembro de honor de la Tolkienian, Chestertonian, Lewisian Society”, y todos ellos muestran su devoción por Tolkien, Chesterton, C. S. Lewis, amigos de mitos y de ritos, de la insólita modernidad de la tradición».

Estos poetas dan entrada a la virtud de la esperanza como verdadera potencia que reside en el apetito superior llamado voluntad. Es decir: el poema realiza en el sujeto aquello que nombra: disipar las tinieblas, disipar la maldad; encender la luz de la fe, poner la belleza a embellecer; que a la noche le suceda la mañana. Es una poética performativa.

La segunda afinidad de este grupo sería estilística y viene dada también por el magisterio de Miguel d'Ors. Es decir: estos poetas van en su mayoría a desplegar una obra de corte figurativo. Se trata de poemas que se comprenden con enorme nitidez y, estilísticamente, se acercan al lenguaje coloquial, incluso hasta con momentos de corte prosaico que encierra, más allá de las apariencias de facilidad, una trabajada matemática rítmica. Paralelo a ello, la supuesta sencillez y accesibilidad de sus textos lleva consigo otro nivel trascendente. Es decir, son complejamente sencillos y sencillamente complejos.

Finalmente, hemos de sumar el influjo de la obra de Eloy Sánchez Rosillo en cuanto al punto de perspectiva. Es decir: el lugar desde donde afrontan la realidad y sus propias vidas; un punto de fuga que puede resumirse en seriedad moral, en abordaje de las cuestiones últimas, y en humildad para hacerlo sin pose pedante o dramatismo impostado.

Muchos de ellos han crecido gracias a la visibilidad de la *Colección Adonáis* dirigida por Carmelo Guillén Acosta. La nómina es amplia: se trata de Alejandro Martín Navarro, Rocío Arana, Jesús Beades, Manuel Jesús Martínez Romero, Francisco Gallardo Gil, Pablo Moreno Prieto, Antonio Javier Sánchez Risueño y Joaquín Moreno Pedrosa. A ellos me voy a permitir sumar nombres que están en la misma órbita, que comparten rasgos vitales y estilísticos. Serían Enrique y Jaime García Máiquez, Juan Meseguer, Jesús Montiel, José María Jurado, Lutgardo García, Sergio Navarro o Gonzalo Grajera.

Hay que añadir una marca innegable para estos poetas cristianos nacidos después de 1970. No está lejos de ellos –y no sé hasta qué punto son conscientes de ese marco que no siempre se ve porque han nacido dentro de él– la renovación litúrgica, espiritual y sociopolítica emanada del Concilio Vaticano II, entre cuyos frutos me arriesgo a señalar precisamente la obra de estos autores como verdadero fruto conciliar de una renovada relación entre fe y cultura.

Enrique García Máiquez

Los evangelios y la lírica popular cobran, en la poética de Enrique García Máiquez, nuevos bríos. Hasta la higuera que sufre la famosa maldición viene a encontrar su sentido en una versión que, alejándose de su contexto original –la

alusión a la esterilidad de la ley judaica para dar frutos de justicia— nos propone una lectura esperanzada de aquellas cosas que en su momento interpretamos como maldición, pero que se revelan, con el paso del tiempo, como una bendición.

Aquella higuera pobre, solo sombra
y polvo, recibió una maldición
y en ese mismo momento fue bendita.
Cuántos frutos la higuera. Siempre es tiempo.

José María Jurado

Barroco a rachas y clásico siempre, entre la naturalidad y la emoción se abre paso la dicción serena y meditada de José María Jurado sin que el lector tenga que hacer esfuerzo alguno. Y, sin duda, esa misma naturalidad, por no sabemos exactamente qué mecanismos, impregna de emoción la poesía de raigambre cristiana de José María Jurado. Véase, si no, el sencillo final del poema «Let it be»:

¿será su inmensa elipsis?
(...) No estoy aún muy seguro:
antes de la gran noche
crecía la tensión
y la cosa se fue poniendo peligrosa,
alguien pidió dinero
y quiso abandonar el grupo.

Pasamos tres días horribles,
algunos escondidos,
otros de calabozo en calabozo.

El resto de la historia es conocida:
yo me enteré camino de Emaús.

Hay que añadir un rasgo peculiar: Jurado nos ofrece un poema y una narración en los mismos versos. Hay en sus composiciones un transcurso narrativo que nos lleva a un lugar distinto —el sentido lineal y ascendente es una aportación judía a la filosofía y a la historia—, pero, a la vez, hay verdad estática.

Ritmo, precisión y claridad son una forma nacida del fondo. Porque en la poesía de José María Jurado un fondo de paz, de serena confianza instalada en la resurrección, nos acoge y reconforta. Sin duda, la de Jurado es un exponente de

una poética que ha ido a la raíz y a los centros: una poética de la resurrección en la que también los temas más tenebrosos pueden arrojar luz.

Jesús Beades

Como hiciera el grupo *Cántico*, aunque de un modo más ágil y desenfadado, y al igual que Jurado o Lutgardo García, Jesús Beades integra el referente religioso popular, cofrade e imaginero en su obra. ¿Qué hay detrás de esto? como ocurría en Pablo García Baena –aunque estamos ahora en un estilo muy diferente– la liturgia, las imágenes, las procesiones, las tradiciones religiosas y la estética católica en general son una mediación y no un mero adorno de la fe. Abrazando la cualidad encarnativa en toda su amplitud, la cualidad mediante la cual el Dios judeocristiano habla a través de mediaciones, siendo el arte y lo visual una mediación propiamente latina, Beades proyecta la vida en las mediaciones emotivas de la tradición católica, especialmente la asociada a la Semana Santa.

Madre Lepra que Huye, Madre del Hijo Oculito.
Virgen del lodo, ahuyenta la Inquietud,
(...) Madre Vaso de Leche, Madre Mano en mi Frente (...)
Cierra mis ojos Tú, ahora y en la hora
del despertar desnudo más allá de esta fiebre.

Pero hay en Jesús Beades una cualidad que convierte lo puramente estético en un encuentro personal con Cristo: sus letanías, el carácter celebrativo de la amistad, la fiesta o la muerte misma, encuentran en el tú personal del Dios cristiano su referente concreto y su lector último. Y este hecho otorga concreción, brillo y proximidad a una poesía que, por todo ello, contiene una fuerte impronta moral sin moralina al uso. Su moral brota de la belleza y no del miedo. Una forma de estar en el (uní)verso sin voluntarismo ni esfuerzo, sino en fe, esperanza y claridad. Un ejemplo fragmentario:

Yo así quisiera estar, cerca de todo, (...)
con mis amigos, ellos, los mejores,
los de túnica blanca y tan hermosos
como el sol de la dicha y la cerveza,
con poemas que digan y no digan (..)

Juan Meseguer

Tiene mucho que ver con el espíritu renovado que se abre tras el Concilio Vaticano II la poesía de Juan Meseguer. La libertad de saberse enraizado en un

Dios amor desata una poética donde el lenguaje erótico de sabor salomónico, teresiano y sanjuanista se funden con las influencias de la poesía de línea clara antes aludidas.

¿Qué singularidad subrayamos en Meseguer? Que su renovada inocencia lo es pese a una muy inteligente consciencia de lo difícil que es la vida. Si parece inocente, lo es porque ha visto lo duro, lo cruel, y ha optado por seguir los caminos de la alegría. Por ello su desdramatización no deja de esconder un fondo teologal muy maduro.

La luminosidad pascual de la poética de Meseguer deja traslucir un proceso penitencial y ascético que, no obstante, no condesciende con el drama. Es la suya una poesía arraigada –con temáticas y tonos semejantes a los de aquel movimiento de los años 40, aunque sin atisbo de nacional catolicismo en nuestro autor– pero que abre sus raíces al lenguaje pronominal del personalismo donde ese tú al que se dirige es Dios.

Hay que añadir que la poesía de Juan Meseguer es una de las más sinceramente confesionales del actual panorama. Algo que él sabe y asume, consciente de que ello no es la mejor tarjeta de presentación para medrar en el mundo literario. Sin embargo, ahí queda, porque esa su sinceridad nos desarma a sus lectores. Sus incluso pretendidos destellos *naif* no son obstáculo para poner frente a frente –y en el mismo verso– la cruz y el nihilismo. Para Juan Meseguer, a veces la mejor manera de ser un poeta de nuestro tiempo es convertirse en un poeta de otro tiempo. Ahí queda su poesía aguardando el «efecto Lázaro»: que, a través de la noche de los tiempos, unos ojos rugientes la resuciten un día, porque ya está tocada de inmortalidad:

A lo lejos, la fe te hace señales;
quisieras descifrarla.
Es una llama viva.
Tú y yo
llevamos varios años muertos.
Nos queda la esperanza
del efecto Lázaro:
que a través de la noche de los tiempos
nos llamen unos ojos
rugientes como tigres de Bengala.

Jesús Montiel

Jesús Montiel nos recuerda que, en poesía, todo comienza con el asombro, incluso cuando se ha perdido la inocencia. Para un lenguaje nuevo –eso debe ser

poesía—, la mirada ha de asomarse al mundo como la primera vez. Montiel abre un punto de fuga eterno en aquellas cosas que son parte de nuestra cotidianidad. Aunque eso ya lo hemos visto, ¿cuál es el rasgo más destacable en Montiel? Que camina sobre un filo de muerte que acecha cada instante. Su obra *La puerta entornada* recoge la enfermedad grave, el cáncer, del más pequeño de sus hijos. La esperanza se representa como una puerta entreabierta a través de la cual entra luz, puerta que de pronto puede abrirse pero también cerrarse de golpe. La amenaza de la despedida y el anhelo del milagro, traen hasta ese libro una tensión tan deslumbrante como angustiosamente humana.

La poesía de Jesús Montiel también nos habla de varices, sumideros, parterres y currículos. Y hasta del pene sin trivialidad, pues en todo encuentra un sentido, una ligazón entre instante y eternidad, entre inmanencia y trascendencia.

ELOGIO DEL PENE

sin ropa.

mirándote

Ya crece su estatura.

Si dejo que el deseo lo prospere
se alarga como un dedo que te apunta
o un raro detector de tus metales.

Que nadie se equivoque
debajo de mi abdomen hay mucha trascendencia.

El pene del que hablo te señala.
Se eleva como un puente levadizo
que acaba en las orillas de tu cuerpo.

Subraya tu lugar en esta noche.
Me dice que estoy hecho para el otro.

Montiel también ofrece poemas que parten de la historia de un personaje bíblico para resituarlos en un escenario contemporáneo, en el aquí y ahora del hombre que ha de vérselas con las colas del paro o el vidriado por fregar en la cocina. Una poesía clara, tersa y tensa que devuelve dignidad al oficio, que él tan bien conoce, del escritor que quiere ser solitario pero no puede porque ha de buscarse el pan familiar.

5. Un cristianismo poético casi anónimo

El Vaticano II afirmó sin reticencia una verdad a veces eclipsada: la posible salvación de aquellos que no profesan la fe explícita en Cristo: «Los que sin culpa propia ignoran el evangelio de Cristo y de su Iglesia y, sin embargo, buscan a Dios con sincero corazón y se esfuerzan, bajo la influencia de la gracia en cumplir en sus obras la voluntad de Dios que conocen mediante la voz de su conciencia, pueden alcanzar la salvación eterna» (Lumen Gentium n. 16; cfr. Gaudium et Spes n. 22, 45). La originalidad del teólogo Karl Rahner consistió en dar razón de cómo es posible lo afirmado por el Concilio teniendo en cuenta todas las exigencias de la fe. Y lo hizo mostrando que dicha salvación es cristiana: es decir, causada por el misterio de Cristo y la acción del Espíritu.

Hemos adjetivado a los poetas reunidos en este apartado como *casi anónimos* porque en muchos de sus poemas la invocación a Dios y la afirmación de su existencia se hacen explícitas. Aun así, los agrupamos bajo este supuesto anonimato cristiano formulado por Karl Rahner porque sus libros nos permiten recorrer el itinerario de tantos otros artistas que buscan a Dios anónimamente. Estos poetas son paradigma de todos aquellos que querrían creer y, de hecho, lo hacen por otras vías; que ven indicios, que se afanan en una búsqueda que en realidad ya los ha encontrado a ellos y los envuelve por doquier. En este sentido, estos poetas representan ese potencial que la palabra poética tiene para conducir al lenguaje por encima de lo visible y que distingue la poesía de otros géneros. Son muchos –algunos, verdaderos autores consagrados de su generación, como Francisco Onieva, Raquel Lanseros, Javier Almuzara– los autores a incluir. Hemos seleccionado solo algún caso representativo.

Diego Vaya

El primer poeta joven que hemos elegido es Diego Vaya (Sevilla 1980). Su obra *Pulso solar* (Visor 2021) se adentra en el doble pulso que sacude la vida: por un lado, el dolor, la fugacidad de los días y la muerte; por otro, el encuentro con una realidad trascendente y luminosa a través de lo íntimo. Y así exclama:

Se canta lo que se pierde. ¿O era
lo que queremos que se salve? (...)
Que esta canción nos una más allá
de lo que somos, que los labios sean
su cicatriz solar, que nos devuelva
los caminos del tiempo para estar
de nuevo en esta vida. Cantaremos
el deseo más hondo de la carne,

la fuerza de la sangre que se anuda:
lo que nos hace eternos cada día.

Para Diego Vaya el amor humano es el camino que hace de este mundo un paraíso aún en obras. Esa obra no puede culminarse sin el ejercicio amoroso que, en, por y más allá de la carne, nos habla de que estamos hechos a imagen de algo más grande. La poesía de Diego está tan embebida del misterio que no precisa decir *Dios* muchas veces, pues todos lo están notando y gustan de esa tensión irresuelta, esa búsqueda, esa apertura constitutiva. Así se expresaba ya en 2007 en *El libro del viento* (Adonáis):

Lo has visto muchas veces.
Alguien dirige su mirada arriba,
por encima del mundo y de sus cosas.

(...) Así es esta plegaria de la luz
que algo nuestro hermana con el cielo.

Alejandro Simón Partal

Nos adentramos ahora en Alejandro Simón Partal (Estepona, Málaga, 1983). Estamos ante un escritor cuya estela conviene seguir, pues su consolidación poética va acompañada de la escritura de teatro y, en 2021, también ha publicado la novela *La parcela*, donde religión, sexualidad e inmigración prometen una experiencia que no dejará indemnes. En ella, Alejandro Simón recuerda que *nuestro error más común es no entender el desamor como parte del amor, así como no entender la muerte como parte de la vida. (...) El amor es nuestra mayor ocupación vital, a la que inevitablemente sigue la preocupación*. El cristianismo pujante en sus versos se hace más explícito en la novela, hasta señalar que *los enfermos son los elegidos de Dios, y todos queremos ocupar esa verdad, por mucho que duela o por mucho que descreamos*.

En su poesía encontramos a un sujeto que, desde una experiencia plenamente tocada por la vulnerabilidad de los más débiles, conoce, a la vez, las trampas y vanidades de la posmodernidad. Por ello vuelve su mirada hacia esas cosas –la amistad, la familia, la hospitalidad, el mestizaje– que son lugares de revelación y nos abren a algo más allá del materialismo, las prisas, el utilitarismo... Si queremos llamarlo un poeta contemplativo, hemos de añadir enseguida que su contemplación, en cierto modo, viene de vuelta de esas cosas que nos dejan vacíos. Él las ha vivido ya. Pero este poeta, lejos de expresar decepción, pone nombre a los indicios de salvación convirtiéndolos en verdaderas epifanías: las

sábanas tendidas, el sombrero de paja de su padre, la almohada que alguien pone bajo la cabeza de alguien... Incluso la enfermedad y el amor condenado.

Alejandro Simón Partal es uno de los pocos poetas que suma a sus estudios literarios los de teología; y ello se nota (es el autor del monólogo teatralizado *Resistencia y sumisión*, a partir de las cartas escritas por Dietrich Bonhoeffer en su cautiverio). Es un hombre de su tiempo precisamente porque no es un hombre de su tiempo. Por ello les habla a los que comparten su siglo desde un punto de fuga que permite ver lo contemporáneo con mayor distancia, como refleja su poema «Los indicios»:

Seguro que esta tarde de verano
que se alarga ocupando las formas de la noche,
esconde la verdad última, la alegría máxima
que al humano le fue concebida.
Seguro que ha pasado
varias veces por delante de nosotros
sin que nadie la reconozca,
excepto aquellos que ven indicios
y se tienden sobre la hierba
que los sobrepasa.

Este sentirse sobrepasados por el exceso de hermosura tenía que llevar a Simón Partal a devolverle a Dios su naturaleza olvidada. Así lo expresa en un poema escrito mientras viaja en avión:

(...) No hablo del dibujo ético
que conforman las nubes,
ni del horizonte celeste
o la armonía del suelo,
Sino de la existencia segura de Dios.

Simón Partal dirige poemas al Padre, habla de la Trinidad. Una excepción que celebrar. Una poesía kerigmática, pero de las que no pretende serlo, pues simplemente deja fluir el lenguaje de la humanidad que somos.

Por último, hemos de señalar que sus versos continuamente se abren a la otredad, a la presencia sagrada del otro, que me hace hermano y que, por tanto, nos lleva a compartir un Padre. Claro, con tal de que tengamos el valor de liberarnos de los prejuicios que, bajo aspecto de intelectualidad o libertad interesada, se ensañaban, en épocas poéticas recientes, en la negación de Dios precisamente porque ello era rentable meritocráticamente. Una conclusión a este respecto es

que los jóvenes de la generación 2010 tienen menos prejuicios ideológicos en lo tocante a Dios que los de las décadas precedentes al segundo milenio.

Gonzalo Grajera

La voz de Gonzalo Grajera (Sevilla, 1991) ejemplifica bien el nexo entre lo teologal y lo confesional, entre la praxis del cristianismo y su expresión en palabras. Despojado tanto de cualquier connotación sentimentalmente piadosa o clericalizada como de cualquier complejo que impida llamar a las cosas por su nombre, Grajera tiene una visión trascendente de la vida. Tanto más trascendente cuanto que su poesía se mueve a pie de vida urbana. Poemas como *Resurrección*, *En el principio fue el poema*, *Purgatorio*, *Crítica*, *Teología de un centro comercial*, *Teología de una tarde de hotel* o *Tierra prometida*, dan cuenta de una visión orgánica del hombre mediante una poética que parte de un principio, afirma un sentido y, fundamentado en todo ello, acaba levantando su voz en favor de los más desfavorecidos.

Grajera es social sin panfleto, y, desde una perspectiva cristiana, denuncia las consecuencias alienantes del consumismo contemporáneo, su lógica excluyente y su capacidad para, tantas veces –demasiadas– incapacitar al hombre contemporáneo para amar más allá del falaz romanticismo y la sensiblería. El poeta aborda las miserias humanas con un optimismo alejado de la mera idealización utópica o de la ensoñación infantil.

Incluso el pagano poema *Mosaico de Baco* acaba en adversativo frente a la visión cíclica del mundo grecolatino, según la cual la gran tragedia es no poder escapar al destino. Este joven poeta rompe el círculo y se inclina por una visión más lineal y escatológica de la historia del arte, al estilo del humanismo judeo-cristiano:

Mas no todo será siempre tragedia,
y tendrá entonces su cabida el hombre
cuando comprenda, vigoroso y altivo,
que es él la razón última, la luz
que vislumbra los credos y las obras...

(para concluir):
el principio carnoso, fruto tierno
y maduro;
parámetro divino (...)

Podemos tomar a este autor como ejemplo de esa generación 2010 cuyos autores, sin voluntad grupal ni apego a etiquetas generacionales o bandos literarios, marcan su diferencia tanto frente al realismo de la poesía de la experiencia como frente a la otra corriente, hermética o experimental. La generación 2010 se aleja de esta línea más incomprensible, de la artificiosa imaginación verbal que a veces solo esconde el hecho de no tener nada que decir ni en qué creer. Como sugiere una de sus *gragerías*: «La ideología es la ceguera del raciocinio».

Estilísticamente llama la atención el arte de algunos de estos jóvenes para hacer convivir la cultura latina con la actualidad. Así, Grajera inserta en la estructura rítmica del poema sentencias clásicas latinas del tipo «sic transit gloria mundi», «omnia vanitas» que conviven perfectamente con nombres de agencias de calificación o cadenas de hamburgueserías. Hay en estos autores gusto por el mundo grecorromano, un nuevo culturalismo sin afán de erudición para lucimiento del poeta.

Advirtamos que Grajera ha descubierto ya los entresijos de la vida literaria, los dogmas en boga para medrar literariamente, frente a los cuales se hace necesaria la soledad para encontrar la propia voz. Qué certero en ese sentido el poema *Pautas para triunfar en la vida* dedicado a José María Jurado:

Codicia, sobre todas las cosas,
el bien del prójimo y ódiale,
claro está, como a ti mismo. (...)
Lee los libros que otros lean.
Opina lo que otros opinen. (...)
Ríe las gracias que otros rían.
Baila el agua del río que otros bailen.

Sé gesto, sé apariencia e imagen.
Un estar que está sin ser.

6. Una epifanía singular: Miki Naranja

Resulta imposible abordar aquí todos los nombres. Pero queremos dedicar un apartado especial a Miguel Ángel Herranz, cuya impronta literaria en las redes supuso un verdadero fenómeno –65.000 seguidores– con el nombre literario de Miki Naranja. Nacido en 1978 y fallecido el pasado año por causas de una rápida enfermedad, su aportación literaria se caracteriza por el don de la alegría. En efecto: sin alegría no hay cristianismo. Una moral que produce tristeza es sospechosa de no estar animada verdaderamente por el Espíritu Santo. Sin embargo la verdadera alegría es la mejor confesión, pues la alegría, como la bondad para los

teólogos escolásticos, es difusiva de sí y habla de Dios con más claridad y sabiduría que cualquier sermón conducente al pesimismo. Un ejemplo de su libro *Lírica de lo cotidiano*.

(...) Escribo: que la alegría
aliente las calles

Y, la alegría, por extraño
que parezca, obedece y
toma las calles.

Cada poema es un milagro
del que me reservo
el derecho de admisión.

Y termino gritando: «*Amor, amor, amor*
(*lo dijo Yeats*).
Amor
en el lugar del excremento.

Miki Naranja ejemplifica cómo una gracia teologal anónima se hace contagiosa por los versos. Esa es la tarea de la poesía frente a la filosofía: dejar ser, hacer ser por el camino del lenguaje, sin explicar, como todo verdadero arte: intuitivamente, performativamente. Miki testimonia esa gracia más aún cuando conocemos el pretexto y el contexto de sus textos: su enfermedad terminal siendo el padre de cuatro hijos que ronda los cuarenta años y sabe lo que se avecina.

El humor, como instrumento literario, no tiene solo la vertiente de la sátira o el ingenio. También la inocencia es una forma del humor que directamente inserta al oyente en la alegría sin otro mecanismo que el ritmo, la imagen y la inmediatez, que son figuras inherentes a la poesía. Como decía Chesterton, de las cosas serias hay que hablar con humor precisamente porque son serias. Mostremos una de las veces en que Miguel Ángel Herranz así lo consigue:

Todo lo que de algún
modo cuenta, es circular:

Tus pupilas, las latas de fuagrás,
la línea doce,
las emes de Madrid, la tortilla,

el compromiso, la salud,
la inteligencia.

(...) Las macetas, las claraboyas
el horizonte, el tiempo y la tierra
que pisas.

(...) Dios si lo hubiera, sigue
una trayectoria
circular.

El poema es circular, el poeta,
la destreza es circular.
La belleza es circular.

Las estrellas, los planetas,
la democracia, las pérdidas, los agujeros,
el bolero, el tango, la lluvia (...)

En Miguel Ángel Herranz vamos a encontrar también una peculiar versión del culturalismo que llamaremos un «culturalismo anti cursi». Sus lecturas literarias bajan del pedestal de la erudición y, así, por ejemplo, Miki da cuenta de sus lecturas, entre ellas la de Ratzinger, para sacar la conclusión de lo importante que es para la verdadera fe convivir siempre con la duda si quiere perdurar como fe viva y humana.

En el libro que la editorial Renacimiento anticipó para que el autor lo viera publicado antes de morir, titulado *Aquí estuvo Kilroy*, señala «lo conveniente que resulta aprender a llevarse la contraria, saberse falible; así como la separación decisiva entre la dimensión espiritual y el fundamentalismo religioso». Y, a continuación, lo ilustra citando la confrontación entre Lemaitre, el científico y sacerdote católico que formuló por primera vez la teoría del Big Bang, y Einstein, el cual no tuvo más remedio que acabar aceptando las teorías del primero.

Igualmente, Miki Naranja nos relata poéticamente cómo Silves, preguntado sobre cuál de las islas que tanto le habían impactado era la más bella, respondió «cada una adquiere hermosura gracias a la de enfrente» (*Aquí estuvo Kilroy*. Renacimiento 2020). Se trata, sin duda, de cómo la verdad se va abriendo ante nosotros solo si no se enroca sobre el sujeto aislado, sino en la apertura relacional que le abre resquicios por los que aflorar.

7. Una fe contracorriente. Poesía y cristianismo en nuevas coordenadas identitarias

En este apartado nos vamos a referir a poetas cuyo verbo está profundamente influido por el espíritu cristiano. Algunos de ellos se confiesan creyentes y practicantes, pero, a la vez, sin disimulo y con una creatividad acogida por las principales editoriales, reivindican su fe en coordenadas que exceden el marco de la oficialidad moral. Fundamentalmente nos referimos a autores que, desde un testimonio personal o colectivo, afirman su pertenencia al cristianismo a la vez que su identidad sexual no identificada con la tipología moral establecida. Desde poetas homosexuales a poetas cercanos a la teoría queer, pasando por los que han iniciado un proceso de cambio de sexo, vamos a recoger solo alguno de los que, por su calidad, han encontrado un lugar destacado entre los lectores y la crítica.

Tendríamos que remontarnos muy lejos en los antecedentes y recordar a Pablo García Baena, último representante del mítico grupo *Cántico* en los años cuarenta, o a Hilario Barrero, cuya poesía reunida entre 1971 y 2021 acaba de publicarse, o al mismo Juan Antonio González Iglesias para trazar el recorrido de la poesía homoerótica escrita por poetas de adscripción cristiana durante el último siglo en España. Ellos son solo algunos antecedentes que hemos de dejar fuera por razones cronológicas, pero sin los cuales esta adscripción cristiana en los márgenes de la ortodoxia no se entendería. Lo que en ellos era controvertido y provocador, es una normalidad poética para los nuevos nombres a los que nos vamos a referir.

Juan Carlos Friebe

Nacido en 1968, no podemos dejar de señalar la aportación de Juan Carlos Friebe quien, en su trilogía compuesta por *Las briznas: poemas para consuelo de Hugo van der Goes* (2007), *Poemas a quemarropa* (2011) y la recién aparecida *Enseñando a nadar a la mujer casada* (2021) despliega un universo donde condición femenina y cristianismo se entrelazan. Su trilogía toma como referencia la historia de santas y escritoras místicas para visibilizar a mujeres que son víctima de la incomprensión por poner en entredicho los convencionalismos y los roles tradicionalmente asignados al varón, tales como la heroicidad guerrera, la condición de escritoras o el discernimiento espiritual.

El mismo poeta, a partir del proceso de su propio cambio de sexo, se mimetiza con estas figuras femeninas incomprendidas, acalladas o directamente aniquiladas. La historia de Marguerite Porrette, Juana de Arco o Aisha Ibrahim Duhulow hablan a través de los versos de Friebe con un lenguaje religioso explí-

cito (oraciones, salmos, retractaciones espirituales). Los libros de este poeta granadino recogen igualmente historias de mujeres anónimas cuya condena, maltrato o desaparición guardan relación directa con una feminidad no ajustada a los parámetros patriarcales.

En esta muestra, alternando la voz de tintes intencionadamente escolásticos de Juana de Arco mientras se halla sometida a juicio, Juan Carlos Friebe va trenzando las hebras de un poemario que recoge en el agua los instantes decisivos de un yo que se pregunta quién es:

No habrá mañana luz al despertar mañana.
Consumidos mis restos por las voraces llamas,
de su prisión corpórea el alma libre y salva
seré de mí el fulgor, al despertar mañana.

Mañana al despertar estaré muerta y viva,
tan muerta como nunca, antes de concebida,
más que jamás lo estuve, mientras fui de mí encinta.
Consunta la existencia, estaré muerta y viva.

¿Qué es verdad, qué falacia? ¿Qué será cierto, Dios,
misterio de misterio, que nos hiciste dos,
espíritu y materia para tu entero amor
y loarte uno y trino... ¿Qué será cierto, Dios?

Juan Gallego Benot

Otro poeta de la última generación es Juan Gallego Benot. Con el título *Oración en el huerto* se hace ya una referencia directa a la plegaria de Jesús antes de la pasión y su aceptación de la voluntad divina. Ello también aparecerá reflejado en los poemas cuando el autor someta su voluntad a la de ese amor material sublimado en ellos. El suplemento *Culturamas* ha dicho: «Nos encontramos ante una lírica de las emociones de gran originalidad, una apuesta arriesgada por ese neoerotismo ligado al desarrollo y el progreso emocional de nuestra sociedad, pues supone abordar una pasión amorosa profana desde una perspectiva homoe-rótica revestida de una tradición culta como es la literatura espiritual en la que la poesía cobra dignidad de oración. La esperanza de un amor más humano y carnal está explicitada en términos bíblicos: “Tengo mi vid sembrada en tus laderas”»⁴.

⁴ <https://culturamas.es/2020/08/29/oracion-en-el-huerto-una-nueva-disposicion-sentimental-ante-el-orar/>

Un elemento que tampoco ha pasado desapercibido a los lectores de Juan Gallego Benot es cómo este poeta aúna el universo estético de la Semana Santa y el universo amoroso del siglo XXI. Así lo explica el propio poeta en una entrevista: «Creo que el resultado se debe a una evolución natural desde un proceso de aprendizaje muy andaluz. Todo lo que aprendí en mi infancia: la religiosidad sevillana, el flamenco o las lecturas de Lorca (...) adquirió una nueva dimensión al tener un sentido en la vida, un correlato físico. El amor homosexual que yo sentía exigía una expresión diferente. (...) Todo esto se fue depurando con el tiempo y con una educación más organizada y académica, pero creo que el origen podría estar ahí, con la mística colaborando para expresar lo que quería sin recurrir a una corporalidad hueca, que todo lo resolviese en un ensimismamiento. (...) Que el lenguaje bíblico es necesariamente homoerótico no es ninguna novedad; lo que yo quería aportar era un acercamiento de esas imágenes a una relación en la que no mediara la objetualización del otro para mi propio placer, que es el gran estigma de la poesía homosexual».

No ha pasado desapercibido ni a admiradores ni a detractores que un autor que ha suscitado el reclamo de los críticos reivindique y reinvente el espacio estético de la Semana Santa como motivo desde el que saltar a una poesía de corte renovado y que, a la vez, en ese ámbito se atreva a hablar de homoerotismo. Así lo expresa Benot: «En Sevilla no hay distancia con la religión, porque las hermandades han sido el espacio de encuentro y expresión de las comunidades vecinales. En una hermandad, como reflejo completo de la comunidad de un barrio, cabe todo, porque todos los miembros del barrio se integran en ella. De hecho, las identidades más subversivas y periféricas han encontrado su modo de pertenecer a las comunidades desde dentro de las hermandades, en espacios que se les ha reservado a ellas, en muchísimas ocasiones a costa de limitar sus acciones y su expresión de la identidad al espacio que en tu comunidad hay dispuesto para ti. El discurso religioso que yo utilizo viene de esa religiosidad, por tanto, está impregnado de la heterogeneidad de las comunidades religiosas sureñas, aunque siempre desde el punto de vista crítico y desde la libertad que me han ofrecido la contemporaneidad, los recursos económicos y la formación académica».

La convergencia de planos éticos diferentes en el mismo plano estético cofrade ya la había realizado Pablo García Baena y muchos más. Lo llamativo en Benot es que la adscripción personal y cultural a la imaginería cofrade no actúa en su poesía como mero escenario, ni como sobrecubierta esteticista. Tampoco como referente sentimental u emotivo meramente biográfico. Benot escribe sus poemas fundiendo el espacio y el tiempo de los misterios penitenciales con el suyo propio del siglo XXI; la imagen barroca con la realidad amorosa que el poeta experimenta. Es decir, integra el motivo devocional con el instante presente, y dice el presente en la forma y figura de la imaginería sagrada. El vínculo entre

ambos mundos y su imposible división en el poema no es otro que el del amor. Para Benot, todo lo une el amor, incluidos los mecanismos creativos que hacen de dos mundos y dos tiempos uno solo.

En esta poética el joven autor da cauce a una peculiaridad cultural del catolicismo. Nos explicamos. El concepto de sacramentalidad nos ayuda a comprender el carácter mediador que las realidades visuales y corporales cobran en el universo católico. En este sentido, por ejemplo, lo pictórico, lo escultórico, lo táctil, la belleza sensible, la representación dramatizada, las manifestaciones paralitúrgicas, una procesión, un retablo, un auto sacramental... etc., son una forma de expresión del sentimiento religioso a través de la estética. Va más allá del conocimiento teórico más fríamente protestante. Para Juan Gallego Benot, la emoción religiosa y la comunicación lírica se fusionan con independencia de un juicio moral sobre su condición sexual, aspecto que a este poeta parece no condicionarle.

Ángelo Néstore

De la misma generación, si bien su postura es más expresamente crítica con el cristianismo, encontramos la obra de Ángelo Néstore. Sus dos primeros libros son inequívocos y explícitos: *Actos impuros* y *Adán o nada*, (2017). En el más reciente, *Hágase mi voluntad* (Pre-Textos, 2020), es también evidente la correlación con el cristianismo desde el título. Si en el Padrenuestro un cristiano pide a Dios *Hágase tu voluntad*, con el propósito de encontrar en ella la propia dirección vital, Néstore manifiesta el deseo o imperativo de vivir su propia voluntad en todos los aspectos de su vida. Los poemas concretos no proceden, sin embargo, desde la imposición, sino desde la aspiración de desplegar su existencia conforme a su propia realidad, que puede resumirse –en sus palabras– en «el deseo de amar y ser amado en su identidad sexual no binaria antes de morir como una experiencia de libertad al margen de determinadas limitaciones sociales aún vigentes, entre las que incluye las de origen religioso: He decidido tirar piedras contra mi herencia / porque yo soy el enemigo / y escribo mi dolor para aceptarlo»⁵.

Por eso busqué en el incendio la excusa y en el aire el pretexto,
por eso me arranco la barba
con la mano que antes me besabas.
No hubo salvación para este pájaro,
juro que hice lo posible para domesticar la espera.

⁵ <https://www.bestialectora.com/2020/06/hagase-mi-voluntad-de-angelo-nestore.html>

Ahora dejo que la tierra tape los huecos de la piel.
Digo casi no soy
mientras celebro los dos bultos de mi pecho.
Escribo la palabra ave, leo la palabra Eva.
Bajo este cielo ya no hay lengua que me nombre.

De *Adán o nada*, Bandaaparte Ediciones

Mi madre compró un nicho en Italia y me dijo:

*aquí descansaremos los dos con tu padre.
Y, de repente, imagino su cráneo apoyado sobre mi cráneo,
refugiados en la madera del árbol que nos vio nacer, y le sonrío.
(...)
Guardamos un mundo ideal dentro,
en nuestros huesos, pero tan lejano.
La tumba es el modelo de familia definitivo.
Deberíamos meter todos la cabeza en un nicho
hasta que deje de dolernos el mundo.*

De *Hágase mi Voluntad*. Pretextos

8. Un cristianismo cultural

Bajo este epígrafe recogemos propuestas que establecen una relación de corte cultural con el cristianismo. Es decir: agrupamos aquí poéticas que se refieren o que transcurren dentro del espacio artístico, litúrgico, simbólico o popular creado por 2000 años de cristianismo. Tengan o no fe estos autores, reivindican la civilización creada por el judeocristianismo. Ese es el lugar y el lenguaje que utilizan.

Aunque no entra en las generaciones que estamos abordando, por traer un precedente de lo que queremos decir, podríamos citar algunos poemas de Luis Alberto de Cuenca. En ellos la pertenencia y la adscripción a la cultura cristiana se reivindica sin que ello sea obstáculo para reconocer las propias incoherencias. Un ejemplo lo tenemos en su mítico poema *Religión y poesía*

Mi religión, o sea, la católica,
aporta a la poesía tres conceptos
que son fundamentales: la alabanza
de lo creado y de su Creador
(como en Akenatón, los himnos védicos,

San Francisco, Espronceda, Pound y Perse);
el júbilo de ser, pero el sentido
también de ser, al margen del azar
y de las ciegas fuerzas naturales;
y, por último, el drama, la tensión
de la lucha en un mundo relajado
que prescinde del cielo y del infierno.

Feliz quien, al amparo de la fe,
escribe poesía desde el júbilo,
el drama, la alabanza y el sentido.

De *Los mundos y los días*.
Poesía 1970-2002. Visor, Madrid, 2007

El júbilo de ser, el sentido del ser al margen de las fuerzas ciegas de la naturaleza, la alabanza y el drama como pugna moral de nuestra libertad son los conceptos que de Cuenca rescata sin que ello le impida mostrarse ante Dios de la siguiente manera en su *Plegaria de la buena muerte*

(...) Señor de mi niñez, aunque no existas.
(...) Sé, además, que no soy un buen cristiano
y que tengo problemas de empatía
con los desheredados de este mundo.
Pero, a pesar de todo, te lo pido,
amparado en la fe de mis mayores,
en mi proverbial jeta y en la hondura
infinita de tu misericordia:
dame una buena muerte, sé benigno
conmigo en ese trance, te lo ruego.

Javier Asiáin

Tenemos, ya sí entre los nacidos en los 70, los poemas de Javier Asiáin como paradigma de universo cultural cristiano. La práctica o no de las tradiciones cristianas es algo independiente en este caso de la obra artística. El poeta navarro se vale de su extenso conocimiento de la Biblia, los ritos, fiestas, objetos y liturgia cristianos, para, con su mismo vocabulario, desplegar una poética amatoria que no deja indiferente.

Nos preguntamos cuántos nuevos lectores, sin la formación cultural en esta tradición, reconocerían hoy muchas de las referencias desde las cuales Asiáin elabora sus poemas. Libros como *Liturgia de las horas* o *Votos perpetuos* dejan

constancia de la peculiaridad de un autor joven en quien lo divino se vuelca a lo humano haciendo que el contraste de ambos amores agudice la peculiaridad de cada uno de ellos en su propio terreno. Un ejemplo:

De tu boca a mi boca
hay un tránsito en donde todo sucede
Purgación de los sentidos
Negación del entendimiento
Unidad con la fuente
Unidad con la fuente
Catecismo mayor de los perfectos.

Antonio Cruz

De otro signo, pero dentro de este recurso al cristianismo como perspectiva sobre la realidad, traemos ahora la obra de Antonio Cruz (Almería, 1978). En este caso el poeta nos recuerda que el fondo de nuestra identidad cultural occidental es inseparable de nuestra identidad personal. Y que sin aquella, judeocristiana, encontramos serias dificultades para comprendernos a nosotros mismos como persona en nuestro siglo XXI.

Para Cruz, somos los hijos malditos de Job, aquellos que han olvidado, más aún, despreciado y profanado la cultura que les hizo, la cual, aunque detestada, les hace ser quienes son. Sin Aristóteles y Cristo, sin Atenas ni Jerusalén, hay desorden, tanto mayor cuanto más nos negamos a admitirlo. El tono oracular de su poesía es un aldabonazo a las puertas de un nuevo milenio. Porque el crucificado del Gólgota y Judas el suicida –nos insinúa– conviven hoy con nosotros mientras tecleamos mensajes en el móvil o paseamos junto a los restos del último atentado.

La poesía de Antonio Cruz extiende una pasarela entre la antigüedad y la posmodernidad al asumir que la filosofía griega perduró en el cristianismo, en sus pensadores y en sus bibliotecas, en su arte y su liturgia, en todos aquellos que vieron en Cristo, palabra encarnada, la humanidad realizada de todo lo que era bello, bueno y verdadero.

Una poesía visionaria la de este joven autor que bebe en los profetas de Israel y en T. S. Eliot para constatar que no todo está perdido. En el Génesis, en Abraham, está abierta una promesa de la que Antonio Cruz se hace eco proyectado al futuro. Fidelidad y fe transforman cultura y religión en una forma de palabra que salva, como el Logos, y cuya actualidad es siempre rabiosa porque habla desde una eternidad contemporánea de todos los futuros:

Impregnados del dolor primigenio, la misma estirpe
de partos doloridos y vástagos injertados desde la misma
esencia, somos todos los hijos malditos de Job.

¿Por qué desoímos a los clásicos?
¿Por qué no nos castigaron antes de llegar a esto?

El advenimiento del Desorden del nuevo Orden.

De *Grecia: guía de viaje para antipoetas y soñadores*, 2016

Carmen Jodra

No podemos cerrar esta sección cultural sin recordar un poema de la recientemente fallecida Carmen Jodra, quien sorprendió a público y crítica cuando, con apenas 18 años, su libro *Las moras agraces* se mantuvo durante numerosas semanas en el número uno de los libros más vendidos en España. Su poema *Y dijo la Biblia...* parecía sintetizar a la vez que profetizar la relación entre la poesía y Dios que a nosotros nos toca vivir. Sirva este párrafo para honrar su memoria:

Y DIJO LA BIBLIA...

Y dijo la Biblia:
“el hombre es un ser creado por Dios
a su imagen y semejanza,
con un alma inmortal que es aliento
que el creador le insufló”.

Y dijeron todos:
“No nos lo creemos”.

Y dijo el poeta:
“el hombre es un ser extraño,
con penas y alegrías incontables,
con grandezas y miserias y deseos
que él mismo no comprende”.

Y dijeron todos:
“Es verdad, pero bueno,
qué le vamos a hacer,
no merece la pena preocuparse”.

Y dijo la ciencia:
“El hombre es un ser vivo

porque nace, crece, se alimenta,
se reproduce y muere,
y pertenece al reino animal,
metazoos superiores, tipo vertebrados,
clase mamíferos”.
Y dijeron todos:
“Sin duda. Tiene razón”.
Y así nació Occidente.

9. Epílogo. Los poetas por-venir, ¿una ética poscristiana?

Ni en los poetas de la generación 2000 ni en los de la generación 2010 parece que la cuestión de Dios se aborde desde el ámbito de las cuestiones sociales o políticas. Es decir, no ocurre lo que en un Blas de Otero, Gabriel Celaya, Ángela Figuera, Gloria Fuertes o Ernesto Cardenal, quienes, a su misma vertiente decididamente preocupada por cuestiones de justicia, paz y libertades políticas, unían un componente religioso. Para ellos, Dios tenía absolutamente que ver con las reivindicaciones de índole social.

Lo que en lo contemporáneo intuimos no es que no se aborden cuestiones sociales, sino que estas no van ligadas a una pregunta religiosa. En las décadas que ocupan nuestro estudio, cuando se habla de Dios se hace más desde cuestiones personales: el sentido de la propia existencia, el asombro contemplativo ante la creación, la identidad y la moral personal.

Sin embargo, tenemos que apuntar alguna pista que ya oteamos en la poesía que está por venir. En efecto, hay una serie de jovencísimos autores en cuyas voces la temática social está repuntando, pero unida a nuevos temas tales como el cambio climático, los derechos de la mujer, los problemas de inmigración, los colectivos estigmatizados, la pandemia COVID-19, la desfragmentación de los núcleos familiares, el impacto de las tecnologías y las redes sociales en nuestra forma de vida, la nueva pobreza aparejada a la precariedad laboral, etc. Sí: algo se mueve en este sentido y habrá que estar atentos a ello, porque acaban de llegar y apuntan con energía.

Nuestra pregunta final es: ¿los mencionados temas guardan en esos poetas que están llegando alguna relación con Dios? La respuesta es que no demasiado, a excepción de algunos casos que por su calidad no son desdeñables.

Por ejemplo, tenemos la figura del poeta Leonardo Reyes (República Dominicana, 1991 residente en España). Su libro *Es preciso reponerse de la tristeza*, ganador del Premio Elvira Daudet para poetas jóvenes, habla de la muerte de Dios, de la fe después de Nietzsche, de acciones de gracias angustiadas, de un

silencio cartujo que parecía estar profetizando este confinamiento libre contra la COVID-19. No es que todos sus poemas hablen de la cruz y la resurrección, pero sí que lo hacen desde la experiencia del triduo pascual cristiano. Es un poeta que ha sufrido y ha atravesado con su cruz de emigrante, joven y pobre, el valle del llanto en busca de la vida. Me refiero a él porque su profundidad destaca frente a la superficialidad y hasta débil calidad literaria de muchos poetas españoles de su misma edad que se han convertido en *superventas* gracias al eco de las redes sociales. Estos parece que no se han contrastado ni con la tragedia griega ni con el misterio pascual cristiano: es algo que se advierte, y no me refiero solo a la hondura de contenido humano o espiritual, sino, especialmente, a la escasa intensidad formal y literaria de sus versos, productos de consumo rápido y fácil.

Otra de las voces más interesantes y de calidad es la de Begoña M. Rueda. Atención a este poema que equipara a Dios con una especie de *Gran hermano*:

Dios
es lo que entiendo por un software espía para webcams,
ideado por un hikikomori de pelo largo
que se alimenta de futomakis y sashimis a domicilio.
(...) Hay quien tapa el ojo de la cámara,
quien le pone una tirita o le pega un chicle,
tal y como cerrarle los párpados a Dios
o como colocarle una moneda sobre el ojo del difunto
que debe pagar su tributo al barquero (...)
de *Error 404* (Premio Ciudad de Burgos. Visor, Madrid 2020)

Begoña M. Rueda es la misma poeta que ha ganado este año el Premio Hiperión con el libro *Servicio de Lavandería*, escrito desde sus experiencias de trabajadora en una lavandería durante la fase más mortal de la COVID -19. Un descarnado libro de muerte en un mundo sin Dios. Valga este ejemplo.

A 23 de marzo de 2020

Los sudarios se apilan en cajas de cartón
junto a la puerta del cuarto de baño.
Son las únicas prendas del hospital
que no se lavan después de darles uso.
Como todo en nuestra época
también vienen dentro de un plástico,
encontrándose la muerte como la bollería industrial,
envasada y directa al vacío.
Una se pregunta quién fabrica los sudarios,
qué fría máquina los cose y los empaqueta

listos para cubrir cualquier cuerpo
que yazca mudo en la morgue.
Yo por sudario quisiera las manos de mi madre,
morir antes que ella
y engendrarme de nuevo en su vientre,
volver a ser niña y no tener ni idea
de que en las lavanderías de los hospitales
la muerte se apila en cajas de cartón
junto a los inodoros.

Como inquietud irrenunciable, aunque sea por el camino de su ausencia y de la nostalgia de él, mientras hablen de Dios los poetas, este da signos de vida. Por eso, para poner punto final con un trampolín de esperanza que, además, nos habla del alto grado de la poesía española que está amaneciendo, nos despedimos con el poema *Inquietud Patológica* de Bárbara Grande Gil (Huelva, 1992).

Busco a Dios donde ya nadie lo escribe,
en lo efervescente
de la parte trasera de mis ojos,
en la grieta que me separa de todo lo que quiero.

Lo busco donde antes estaba,
en la candidez de cuando era niña,
en todos mis poemas,
creaciones brutalmente irracionales.

Lo busco y pienso:
me hubiera gustado enseñarle todo lo que no está escrito.
Decirle, mira:
yo también creo.

Inédito para *Dios en la poesía actual (Antología)* Rialp. Madrid 2018